

FIRMA DEL LIBRO DE ORO DE LA CIUDAD DE BERLÍN. Berlín, 27 de abril de 2001

¡Cuántas evocaciones, cuántas emociones, cuántos nombres ilustres me rodean de repente cuando pienso en la bella e histórica ciudad de Berlín!

Pensar en Berlín, para los colombianos, es evocar al sabio Alexander von Humboldt, ese prusiano universal que salió de esta ciudad a finales del siglo XVIII, con su cargamento de libros y preguntas, para realizar el “segundo descubrimiento de América”; ese naturalista apasionado que recorrió Colombia durante nueve meses dejando una huella que hoy, dos siglos después, sigue vigente.

Pensar en Berlín es recordar ese terrible muro de la infamia que por tanto tiempo laceró la conciencia del mundo, como una cicatriz en el rostro de Europa, pero es también celebrar el triunfo de la libertad que hace más de once años lo derrumbó, gracias al fervor democrático de los berlineses y a su inagotable capacidad de lucha y de resistencia.

Hoy nos admiramos ante los vestigios de lo que alguna vez fue el símbolo más duro de la Guerra Fría y ahora es signo

vivo de los nuevos tiempos que presiden la historia de la humanidad: tiempos de apertura, de pluralismo ideológico y de tolerancia.

Por eso en este momento, cuando contemplo emocionado la belleza y pujanza de esta ciudad unificada, como un testimonio de fe ubicado en el centro neurálgico de Europa, puedo decir, con las palabras históricas del ex-Canciller Willy Brandt, que me siento feliz de estar en esta capital: *“wo zusammenwächst was zusammengehört”*.

Apreciado Señor Alcalde Diepgen y amigos berlineses:

La gloriosa y hermosa Puerta de Brandeburgo está hoy abierta como la esperanza del mundo en medio de Berlín. Bajo su umbral se congregan las nuevas generaciones de alemanes, que quieren unirse al mundo con gestos de amistad y que rechazan el lastre de la xenofobia y el racismo.

El presidente John Kennedy dijo en una visita memorable que él era un berlinés más. Pues bien: hoy son los berlineses los que anuncian con sus hechos a las naciones del planeta que

ellos también son parte actuante de un mundo global y solidario.

Cuando pienso en Berlín vienen a mi mente tiempos de dificultades y tiempos de bonanza. Pienso en los hermosos bulevares, catedrales, museos y castillos; pienso en el parque *Tiergarten* y en los cientos de hectáreas de bosques y naturaleza; pienso, por supuesto, en la hermosa calle *Bogotastrasse*, que honra el nombre de nuestra querida capital, y no puedo menos que admirar la civilización y la grandeza de esta ciudad simbólica que hoy ocupa de nuevo el centro político de Alemania.

Con este *collage* de imágenes en el corazón, hoy me siento más que honrado al recibir la amable bienvenida y la hospitalidad del señor alcalde de Berlín, Eberhard Diepgen, y al tener el privilegio de firmar el Libro de Oro de la ciudad.

Yo vengo de Colombia, la tierra que tiene aroma de café y perfume de flores, la que maravilló a Humboldt y a tantos alemanes que la convirtieron en su hogar, la que lucha incansable por un futuro mejor para ella y para todos los pueblos del mundo.

Con la cálida atmósfera de nuestro clima tropical, con el ritmo vibrante de nuestra música y la imaginación sin límites de nuestro arte y nuestra literatura, hoy quiero rendir un homenaje a Berlín: a su coraje, a su tradición y a su futuro.

Yo veo a Berlín, como en una película de Wim Wenders, rodeada por ángeles conmovidos que observan el devenir de los humanos y que acuden compasivos en su auxilio. Yo la veo -como lo hicieron Nastassja Kinski y Otto Sander desde la cumbre alada de la Columna de la Victoria- como una metrópoli de esperanza.

¡*“Tan lejos y tan cerca”* como sólo puede vivirla el corazón!

Muchas gracias